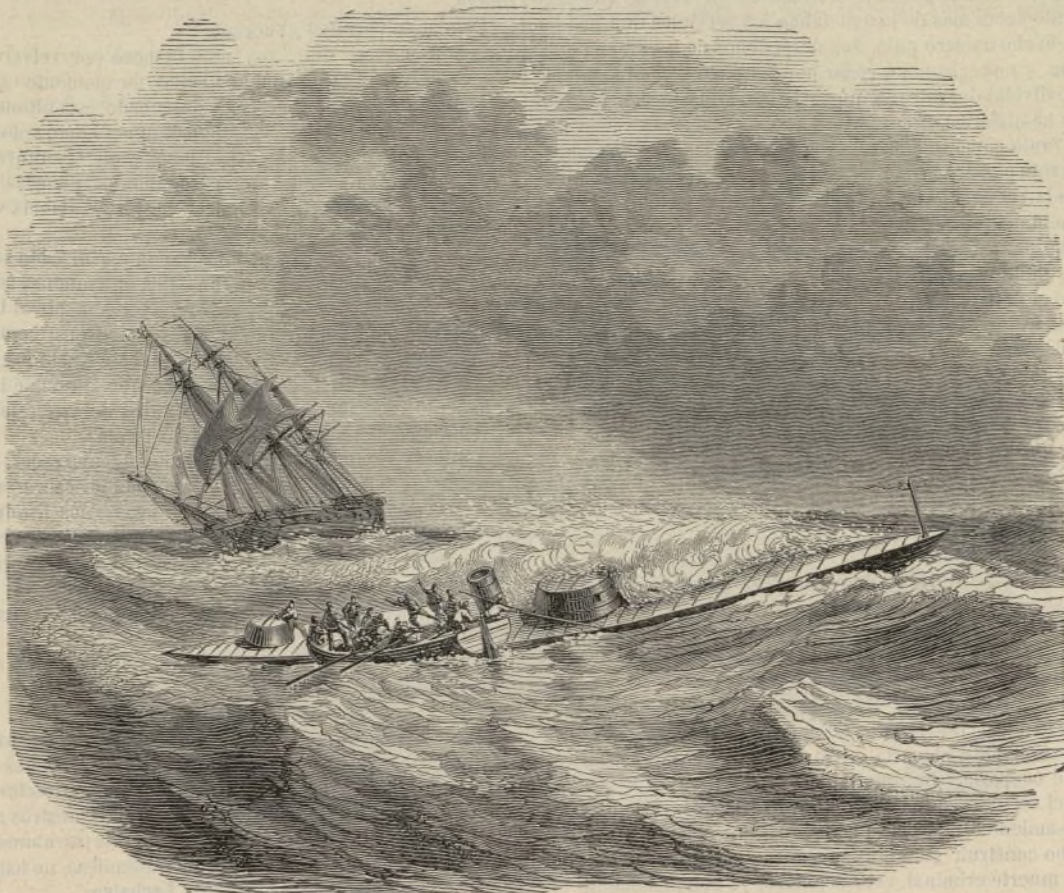


los buques de guerra adormecidos sobre sus anclas tantos años hacia, como modelos en un museo. Gracias á la centralizacion de los asuntos de la marina en los Estados Unidos, esta trasformacion de una flota mercante en una escuadra de guerra se ejecutó con una admirable rapidez. Hay allí 64 capitanes de navío, grado el mas elevado en la marina americana. Los capitanes de fragata son en número de 96, 331 tenientes, 24 alféreces, 180 aspirantes, 69 cirujanos y 17 ingenieros. En cuanto al ejército de tierra, formado por el modelo del de Inglaterra, se compone cada cuerpo de un coronel, un teniente coronel, 4 mayores, 12 capitanes, 19 tenientes y 20 subtenientes.

A estas cifras debemos añadir que bastaron algunos meses á los Estados del Norte para presentar al enemigo una escuadra relativamente considerable. Entretanto los inventores estaban manos á la obra en los dos campos, y con los esfuerzos de su genio debia nacer, con máquinas de guerra flotantes, mitad buque, mitad fortaleza, una revolucion radical en el material de la marina de guerra, y consecuentemente en el arte de combatir en el mar. Poco ha faltado para que toda la bella escuadra del Norte fuese aniquilada, hasta su último buque, por uno de esos inventos de que acabamos de hablar. Afortunadamente el mónstruo no nació solo, tuvo que combatir á un rival, y el encuentro de estas



Pérdida del Monitor.—Dibujo de Stock.

dos máquinas de guerra en las aguas de New-Port-News, fué un duelo sin precedente, admirable, terrible, gigantesco, inaudito en los fastos de la marina. Me refiero á los buques acorazados *Merrimac* y *Monitor*: aquel de los Estados confederados, y éste de los Estados unionistas, inventados simultánea y casualmente, y que despues de muchas horas de lucha tan espantable y portentosa como no se ha visto nunca, el *Monitor* puso fuera de combate al *Merrimac*, aprovechando la ventaja de la ligereza que tenia sobre su contrario. Despues se han construido otros buques por su modelo, pero perfeccionados.

Las naciones europeas han aprovechado naturalmente

los ensayos hechos con estas invenciones, y el *Magenta*, salido de los astilleros franceses, es quizá la obra maestra de todas estas nuevas y terribles construcciones.

CAPITULO XI.

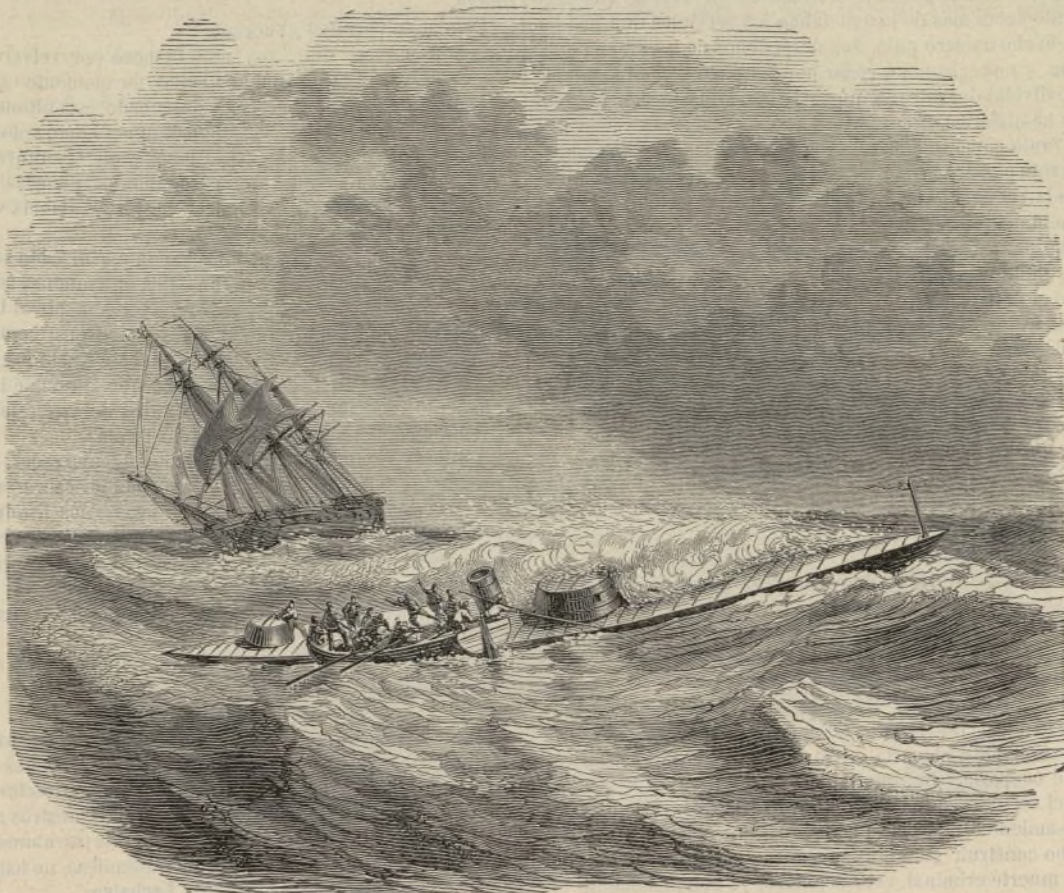
Nuestra marcha á Inglaterra.—La idea fija de Arturo.—La travesía.—Volvemos á París.—Historia del sepulcro de sir James.—Yo abrazo á mi tío sir James Clinton.

—Hay *compañías* que por buenas que sean es preciso dejarlas, me dijo un día el coronel, mitad risueño, mitad

AÑO XXIII. 20.

los buques de guerra adormecidos sobre sus anclas tantos años hacia, como modelos en un museo. Gracias á la centralizacion de los asuntos de la marina en los Estados Unidos, esta trasformacion de una flota mercante en una escuadra de guerra se ejecutó con una admirable rapidez. Hay allí 64 capitanes de navío, grado el mas elevado en la marina americana. Los capitanes de fragata son en número de 96, 331 tenientes, 24 alféreces, 180 aspirantes, 69 cirujanos y 17 ingenieros. En cuanto al ejército de tierra, formado por el modelo del de Inglaterra, se compone cada cuerpo de un coronel, un teniente coronel, 4 mayores, 12 capitanes, 19 tenientes y 20 subtenientes.

A estas cifras debemos añadir que bastaron algunos meses á los Estados del Norte para presentar al enemigo una escuadra relativamente considerable. Entretanto los inventores estaban manos á la obra en los dos campos, y con los esfuerzos de su genio debia nacer, con máquinas de guerra flotantes, mitad buque, mitad fortaleza, una revolucion radical en el material de la marina de guerra, y consecuentemente en el arte de combatir en el mar. Poco ha faltado para que toda la bella escuadra del Norte fuese aniquilada, hasta su último buque, por uno de esos inventos de que acabamos de hablar. Afortunadamente el mónstruo no nació solo, tuvo que combatir á un rival, y el encuentro de estas



Pérdida del Monitor.—Dibujo de Stock.

dos máquinas de guerra en las aguas de New-Port-News, fué un duelo sin precedente, admirable, terrible, gigantesco, inaudito en los fastos de la marina. Me refiero á los buques acorazados *Merrimac* y *Monitor*: aquel de los Estados confederados, y éste de los Estados unionistas, inventados simultánea y casualmente, y que despues de muchas horas de lucha tan espantable y portentosa como no se ha visto nunca, el *Monitor* puso fuera de combate al *Merrimac*, aprovechando la ventaja de la ligereza que tenia sobre su contrario. Despues se han construido otros buques por su modelo, pero perfeccionados.

Las naciones europeas han aprovechado naturalmente

los ensayos hechos con estas invenciones, y el *Magenta*, salido de los astilleros franceses, es quizá la obra maestra de todas estas nuevas y terribles construcciones.

CAPITULO XI.

Nuestra marcha á Inglaterra.—La idea fija de Arturo.—La travesía.—Volvemos á París.—Historia del sepulcro de sir James.—Yo abrazo á mi tío sir James Clinton.

—Hay *compañías* que por buenas que sean es preciso dejarlas, me dijo un día el coronel, mitad risueño, mitad

AÑO XXIII. 20.

serio, aludiendo á los regimientos de voluntarios que habíamos visto formarse. Siempre bueno y generoso, sir James tuvo compasión del pobre Arturo, que seguía pensando día y noche en el arresto de su antiguo sócio y en la restitución de sus relojes robados. Quiso asegurar su porvenir y llevarle con nosotros á Europa.

—No, dijo Arturo, mi vida quedaría emponzoñada con el recuerdo del pícaro que me ha arruinado y que gozaría impunemente de su maldad. La suerte está echada; me apoderaré de su persona ó moriré en la demanda.

Las instancias del coronel se estrellaron contra esta resolución de Arturo, y no pudimos menos de abandonarle á su desgraciada suerte. Sin embargo, esta suerte infeliz fué muy dulcificada por la liberalidad de sir James, que pagó veinte veces mas de lo que valían los servicios que nos había hecho nuestro guía. Nos despedimos de la ribera americana, y nos echamos á rodar por el inmenso camino líquido que dividió durante un número de siglos incalculable los dos hemisferios, ignorados el uno del otro.

Tanto como fuimos conmovidos por las olas enfurecidas durante nuestra primera travesía, tan quietos fuimos mientras la vuelta. El mar parecía una balsa de aceite, y no esperímentamos mas movimiento que el de trepidación de la máquina. Sin hallarse en perfecto estado de salud, sir James pudo comer, beber, pasearse, hablar y hacer lo que todo el mundo. Una ó dos veces solamente, á causa de una brisa fresca, corrió á sotavento y asomó la cabeza á la baranda de una manera tan melancólica como sospechosa. Le pregunté qué hacía así en aquella posición. Me contestó que miraba el agua jugar blandamente á lo largo del buque. No le hablé del mareo, y él tampoco me habló. Quizá no pensaba en otra cosa.

Sea de esto lo que quiera, diez días despues de nuestra salida de Nueva York, tocamos en las costas de Inglaterra. Negocios de interés, que no consentían retraso, reclamaron la presencia del coronel en París, y resolvimos pasar quince días en la capital de Francia antes de ir á establecernos en Londres.

Sir James, enteramente libre de su antigua manía, vió por primera vez á París tal como es en realidad, esto es, lleno de atractivos. Puestos sus negocios en regla bien pronto, quiso entregarse por algunos días al placer. Entonces se acordó de su construcción en el cementerio del P. Lachaise, y pensó en abandonarla en favor de otro mas ansioso que él de ocuparla. ¡Qué motivo de estudio para un filósofo! Aquel sepulcro, que había concentrado todos sus sombríos pensamientos no hacia mas que algunos meses, que había hecho construir con una enfermiza solicitud para guardar una muerte criminal, este sepulcro, ya completamente olvidado, había llegado á ser de pronto el objeto de sus locas chanzonetas. No hablaba de él mas que riendo, y pensaba seriamente en rifarle.

—¿No os parece, me decía, que sería un lindo lote que ganar? Una tumba frescamente decorada y en la que inmediatamente se puede entrar á gozar de la posesión, no es cosa para desdeñar.

Me tomé el trabajo de disuadirlo de este proyecto, pero no pude dispensarme de acompañarle al P. Lachaise para contemplar por última vez lo que él mismo llamaba alegremente su locura Lachaise.

Al llegar al cementerio, fuimos recibidos en él por uno de los enterradores, á quien el coronel había encargado especialmente de cuidar su sepulcro. Era aquel un sepulturero como se ven pocos. No tenía ninguna de las maneras ni

el carácter de las gentes de su profesión, generalmente sobrias de palabras y de un trato medianamente estravagante. Era éste de buen carácter, afectaba las maneras de sociedad, se hacía el amable, era redicho y se jactaba de ser con las damas que frecuentaban el cementerio desenvuelto y galante. Era, en una palabra, uno de esos hombres descamisados que la naturaleza parecía haber creado para ser abogado ó profesor de bellas maneras, y que las circunstancias forzaron á hacerse enterrador. En todas las clases de la sociedad se hallan hombres descamisados, y no nos atreveríamos á jurar que entre los abogados y los profesores de buenos modales, cierto número, contrariado en su vocación, no hubiese nacido realmente para ser sepulturero.

En cuanto percibió al coronel:

—¡Ah! *milord*, dijo, soy muy dichoso por volveros á ver. Os creía enfermo. Aun ha habido un momento que os creí muerto. Pero bien pronto he desechado esta última suposición, porque si hubiérais muerto, nunca como entonces hubiese tenido noticias de vos. Todos aquí, sepultureros, canteros, mercaderes de coronas sepulcrales, guardas, etc. hemos deplorado vuestra ausencia. En fin, ya habeis venido, y esto es lo principal.

—Os doy muchas gracias, dijo con imperturbable seriedad el coronel, por la acogida simpática que me haceis: me siento conmovido y no puedo dejar de ser sensible al buen recuerdo de los sepultureros vuestros amigos, así como de los marmolistas, de los mercaderes de coronas, de los guardas, y en general de todas las personas que, directa é indirectamente, contribuyen á la prosperidad de este establecimiento y han tenido á bien notar mi ausencia.

—*Milord*, replicó pretenciosamente el enterrador, los sentimientos que habeis tenido la bondad de expresar en favor de tan modestos y oscuros artistas, nos lisonjean profundamente, y nunca hasta este momento habia yo creído que pudiese reportar dulces compensaciones una profesión tan ingrata, á la que me han conducido las leyes implacables del destino, mas bien que las inclinaciones de una vocación natural.

El coronel saludó con un gesto á su interlocutor, y continuó en estos términos:

—¿Y qué hay de nuevo por aquí?

—Poca cosa, *milord*, sin que diga por esto que tengamos que quejarnos. Mientras que tantas gentes dedicadas á la industria y al comercio se lamentan de la paralización de los negocios, nosotros nos hallamos con los nuestros agobiados de trabajo. Además de que los muertos abundan, todos quieren enterrarse aquí. Si se les atendiese, no habria ya sitio donde colocarlos en el Padre Lachaise.

—¿Es, pues, una manía entre los muertos?

—Una verdadera manía, *milord*, y tanto mas inexplicable, cuanto que los muertos se hallan perfectamente en Montmartre y en Montparnasse. Pero ¿qué quereis? No se razona con las preocupaciones, y la moda reina en todo.

—¿De modo que el Padre Lachaise es un cementerio de buen tono?

—Sí, *milord*, tenemos, sin lisonjearnos, los mas hermosos muertos de París. Así, mi ambición ha sido siempre la de colocar aquí mis escasas economías, y adquirir aunque no sea mas que algunos metros de terreno, que me permitieran no tener mas necesidad de trabajar.

—¡Pardiez! dijo el coronel, ¿y de veras si tuviérais ese terreno, no tendríais ya necesidad de trabajar para vivir?

—¡Oh *milord*! ese terreno no sería para mí. No, yo haria

valer mi propiedad construyendo en él un sepulcro, y le vendería á quien fuera mas rico que yo para que le habitase. Y con el producto de esta venta es con lo que yo viviria dichoso en un pueblo entreteniéndome en la jardineria. Pero este sueño no se realizará nunca, y las bellas tumbas, lo mismo que las mas modestas, pasarán, como suele decirse, por debajo de mi nariz sin que me utilicen,

—¿De modo que, dijo el coronel, no necesitariais mas que una tumba para vivir dichoso?

—Si yo tuviese una tumba mia, no volveria á enterrar á ninguna persona, dijo el sepulturero con el tono del entusiasmo.

—¿Ni aun os enterrariais á vos mismo? dijo sir James.

—Á nadie, respondió este obrero de la muerte, que ab-

sorto en su pensamiento, no comprendió la chanzoneta del coronel.

—Pues bien, repuso sir James, sed dichoso, os doy la que he mandado construir para mí con todas sus dependencias; ya no la necesito.

—¡Cómo! exclamó el enterrador poniéndose tan pálido por la emocion como sus inanimados huéspedes, ¿me dais vuestro sepulcro?

—Os le doy, replicó sir James.

—Y vos, milord, ¿á dónde ireis cuando.....?

—¡Oh! dijo el coronel, no faltará algun agujero donde colocarme.

El enterrador quiso hablar para dar repetidas gracias á su bienhechor; pero no pudo articular ninguna palabra.



El coronel y el sepulturero.—Dibujo de F. Lix.

Dos lágrimas de felicidad brillaron en sus ojos; este fué todo su discurso.

Un marmolista, testigo de esta escena, dijo:

—He visto muchos enterradores contentos durante mi vida, pero jamás he visto á ninguno tan dichoso como este.

Algun tiempo despues de esta aventura, una pequeña rentista del barrio del Marais y su hija, jóven de diez y ocho á veinte años, se entretenian hablando de esta manera:

—Mamá, es una locura lo que has hecho allí, y no cesaré de repetirtelo.

—Es posible, hija mia; pero ¿qué quieres? He sido como subyugada por aquel enterrador de una amabilidad esquisita, y al cual es verdaderamente imposible resistir.

—Me es igual, mamá; pero despues de tanto tiempo como hace que deseo tener un piano de casa de Herz, un chal

con flores de la India, como le llevan todas las señoritas, un relojito Breguet con cadena, un peine de concha claro y pendientes de perlas, hubieras obrado mucho mejor regalándome uno de estos objetos, que comprando una tumba.

—¡Dios mio! en mi lugar, tú te hubieras dejado comprometer, como yo, delante de aquel fascinador sepulturero.

—¡Oh! me parece que no, le hubiera enviado á paseo á él y su sepulcro.

—Yo tambien lo quise hacer. «Esta es, me ha dicho, la mejor colocacion de fondos que podeis hacer, creedme. Tengo este sepulcro por una casualidad. Me viene de un inglés que le habia encargado para él, y que se ha disgustado antes de haberle probado. El precio en que os le cedo es un obsequio que os hago.» Esto me dijo y mil cosas mas todavía con una voz dulce y en un lenguaje que me han fas-

cinado. Además, me ha hecho notar que desde ese sepulcro, que domina al cementerio, la vista era magnífica. Estas vistas, la esperanza de dar una buena colocación al dinero y las maneras tan persuasivas del enterrador, me han decidido.

—¡Linda propiedad para ir a pasar el verano y gozar de la vista del paisaje!

—Después de todo, hija mía, si he tenido un momento de debilidad, nada se ha perdido por esto. Tú te casarás sin duda, pronto o tarde, y puedes tener hijos; ellos estarán muy contentos de encontrarse un día en el Padre Lachaise una tumba elegante, cómoda, bien ventilada, y que a nadie debe nada.

Tal es, lector, la historia de aquel sepulcro.

En cuanto a lo que me concierne personalmente, no quiero ocultaros nada. Llegado a Londres, vi a la sobrina del coronel, y la hallé bella y buena como deben ser los ángeles del cielo. Hice su retrato y, lo confieso, mis ojos estaban mucho más tiempo sobre el original que sobre el lienzo. Llegué a estar perdidamente enamorado, y me pareció que no era indiferente a aquella de quien me creía separado para siempre por el rango y la fortuna. Era muy desgraciado, y quise partir. Cuando iba a despedirme:

—Marcelo, me dijo el coronel, un día me confesásteis que no tendríais repugnancia a casaros, si la mujer a la que se os quisiera unir fuera bella, buena, rica, bien educada y espiritual. ¿Pero creéis que una perfección semejante existe en alguna parte?

Yo me turbé.

—Para hallar en una mujer tantas buenas cualidades reunidas, es preciso estar enamorado.

Me turbé más todavía.

—Pero vos ¿no estais enamorado?

Me turbé horriblemente.

—En fin, este es negocio vuestro y no mío. Pero si estais enamorado y si creéis haber descubierto esa mujer completa y no la desagradais, os prometo mi apoyo en semejante caso.

—¡Querido tío! dije yo precipitándome en los brazos del coronel.

—¿No es verdad, añadió con una sonrisa llena de finura y de bondad, que he hecho bien en no saltarme la tapa de los sesos y marchar con vos a América?

—¡Oh! sí, mi querido tío.

Ya lo veis, la relación de este viaje, que empezó como un melodrama, concluyó como una comedia.

Hoy, nada falta a mi felicidad. Soy dichoso por profesión. En mis momentos perdidos, pinto o escribo, aunque frecuentemente el pincel o la pluma se me cae de la mano. Afortunadamente mi profesión de hombre feliz me deja poco en que escoger.

ESCURSION AL ETNA Y VIAJE A MALTA.

Habiendo hecho una ligera mención en nuestro artículo titulado: *Del Etna al Atlas* (1) del famoso volcán de Sicilia y de la isla de Malta, vamos a dar ahora a los lectores una descripción algo detenida y circunstanciada así del primero como de la segunda.

(1) Véase el número de enero de este año.

El Etna, muy célebre en la historia antigua y en las fábulas de Homero y Virgilio, quienes le miraron como una de las bocas del Tártaro, domina a la noble ciudad de Catania, una de las más populosas de la sícula tierra. Hay en su cúspide un cráter abierto, que desde largos siglos está arrojando fuego, y tan vivo y destructor a veces, que inunda con su lava los parajes vecinos, y con sus bramidos y sacudimientos amenaza hasta la existencia de toda la isla de Sicilia. El Etna es un inmenso laboratorio de la naturaleza, que aterra y espanta a los sicilianos, y sorprende y asombra a los extranjeros.

Ese gran monte, llamado *Mongibelo* por los árabes, que fueron antiguos señores de la isla, visto desde lejos, ofrece el espectáculo de una desmesurada altura de 9,765 pies de elevación sobre el nivel del mar, y de una inmensidad de terreno, poblado de aldeas, de bosques, de ricos plantíos: termina en una cresta eminentísima, cubierta de eternas nieves, que ni aun se deshacen en los meses más calurosos del verano. No es posible subir a su región más elevada y próxima al cráter en todas las estaciones del año, sino en los meses de junio, julio y hasta la mitad de agosto, porque entonces el viajero puede sufrir sin helarse el frío que allí reina. Al visitar el Etna en esos meses, se experimenta gradualmente en el ascenso la diferencia de todas las estaciones del año. Al pie del monte el calor es insufrible, y tanto que arredra la idea de la subida por un largo espacio de terreno sometido a los rayos penetrantes de un sol abrasador. La variedad, sin embargo, que ofrecen las faldas del Etna, sembradas por do quiera de flores, de árboles cargados de frutas, ricas de abundantes mieses, pobladas de aldeas y quintas, recrea la vista, y el viajero contempla festiado todas esas escenas encantadoras y deliciosas, que vanamente se empeñaría en imitar el más diestro pincel de Claudio Lorena, Salvador Rosa y el Pusiño. —Escenas hay en la naturaleza, que se necesitaría la paleta de un dios para poderlas reproducir con verdad.

Al paso que se sube se va el calor mitigando, y una brisa fresca y ligera da a conocer al caminante, que se halla en una nueva atmósfera, impregnada de los efluvios olorosos y de la voluptuosa fragancia que despiden la lozana vegetación de una hermosa primavera y un suelo sembrado de mil variadas flores. Pero va desapareciendo por grados esta zona apacible y templada, y el viajero principia a verse envuelto en un aire bastante frío y en húmedos vapores, que le anuncian el fin del otoño y la proximidad del invierno. Entonces suceden a las flores los altos pinos, las gruesas encinas, los chaparros, y otros árboles de elevadas copas, producciones seculares que vegetan en aquellas soledades, en donde todo es horroroso silencio, interrumpido de vez en cuando por el viento que azota el ramaje. De allí a poco, el frío crece; la temperatura se va rarefizando; la naturaleza se despoja de sus galas, y el curioso visitador del Etna se ve reducido a hollar un terreno cubierto de nieve, y a experimentar un frío intenso de veinte y cinco grados bajo cero, y aun semejante al que podría sufrir en los desiertos de la Siberia. Entonces se ve obligado a apearse de su cabalgadura, y a caminar a pie, apoyado en un palo con punta de hierro para no caer en los derrumbaderos de nieve, que parecen desafiar la temeridad del hombre.

Llegado el viajero a la mitad de la zona nevada, y mucho antes de tocar a la cima del monte encuentra una casilla de madera, puesta allí por los ingleses, cuando ocuparon la Sicilia como auxiliares en 1812 contra la Francia,

que intentaba invadirla. Esta pequeña casa fija el límite hasta donde puede llegarse, y si la impertinente curiosidad de algun hombre se lo hiciese traspasar, correría gran riesgo de perecer, así por los rigores del frío, como por verse obligado á respirar un aire demasiado enrarecido, que hace difícil el aliento, y concluye por no tener peso suficiente para sostener la sangre dentro del pecho.

Tan luego como el viajero se para en la casilla de los Ingleses, se le presenta un espectáculo sorprendente. Ve á sus piés toda la isla de Sicilia, y en última lontananza distingue, cual si fuese una gran nube en medio del mar, la isla de Malta, distante como veinte leguas; y por varios puntos del mismo mar descubre unos cuantos islotes, todos volcánicos y pertenecientes á la Sicilia. Colocado en aquella eminencia, se ve convertido casi por arte mágico en el Júpiter tonante de los antiguos, que tenía los rayos en sus manos y dominaba las tempestades, porque por la parte inferior de la casilla tan elevada, agrúpanse las nubes y fráganse las tormentas, pero nunca estallan en la parte superior; de modo que sucede muchas veces al curioso viajero, que verifica el ascenso, gozar, casi helado, de los resplandecientes rayos del sol y de un día muy sereno, mientras ve cruzar á sus piés los relámpagos y oye retumbar el trueno entre las nubes.

El Etna abunda en caza en sus tres primeras zonas ó regiones, y en su falda es muy rico de aves, pero escaso de cuadrúpedos: hay, sin embargo, buenos conejos y liebres. En los bosques del Etna abundan los lobos, las zorras, las cabras y los gatos monteses: hay tambien aves de rapiña.

Para los habitantes de Sicilia el Etna es una fuente de riqueza no despreciable, porque además de la inmensa variedad de productos que dan sus campos, de la venta de sus maderas de construcción para arsenales, y de la abundante caza que se coge, debe tenerse en cuenta el gran número de forasteros que acude á la isla para visitar el Etna, objeto de maravilla, y que desde tiempos inmemoriales ha llamado la atención no solo de los curiosos, sino tambien de los filósofos mas eminentes y de los doctos naturalistas. La célebre academia de Catania, que lleva por título: *Academia Gioiemia*, fué fundada con el solo fin de observar muy detenidamente todos los fenómenos extraordinarios, que ofrece el Etna, y lo que se encuentre en ella de mas particular en los tres reinos de la naturaleza, animal, vegetal y mineral.

Ese gran volcan en todo tiempo arroja por intervalos bocanadas de humo de su cráter, y cuando acontecen sus grandes erupciones, vomita ardentísima lava, acompañada de un ronco estruendo, que se siente vagar por sus visceras. La lava del Etna tiene al principio un color rojizo oscuro, y derrámase por los campos como un torrente de materia bituminosa derretida; pero á poco se enfria, se endurece mucho, se pone enteramente negra, y toma la forma de pequeñas masas de piedras escabrosas y puntiagudas. Por donde quiera que pase todo lo abrasa y esteriliza, y cuando comienza á acercarse á los árboles, estos se estremecen, se despojan de sus hojas y quedan sus troncos carbonizados. Al aproximarse alguna grande erupcion, se oyen en el interior del volcan rumores mas ó menos fuertes, ligeras detonaciones, y por último, precede á la explosion un gran sacudimiento, que hace temblar hasta los edificios de Catania y de todos los pueblos circunvecinos.

La lava se emplea por los sicilianos en muchos objetos de curiosidad y aun de lujo. Bien pulimentada, sirve para veladores y mesas, empléase en los pavimentos de las ca-

sas y en las paredes; se hacen de ella candeleros, tazas y otros varios objetos, como anillos, collares, cadenas y sellos para relojes, agujas para el pelo, y pendientes para las señoras elegantes.

El punto mas delicioso desde el cual se mira al Etna con asombro y maravilla, es el famoso cabo de *Santo Alessi*, situado á la mitad del camino, que va desde Catania á Messina. Cuando el viajero tiene la fortuna de encontrarse en aquel sitio al despuntar el alba, experimenta una mezcla de sensaciones deliciosísimas, de poéticos impulsos, y cierto placer interior, que parece arrebatarle á una region encantada, semejante á las muchas que nos describen los vates. Llegado el viajero al cabo de *Santo Alessi* cuando el alba principia á rayar, ve á un lado el Etna con su imponente majestad, con su cabeza erguida y blanqueada de nieves eternas, y recrea su la vista recorriendo las faldas del monte y contemplando una vegetacion lozana, gala verdadera de una naturaleza bella y resplandeciente. Aquí se ven árboles agobiados con el peso de sus frutas; allí frondosos y ricos viñedos, cuajados de esquisitos racimos; mas allá el viento agita las espigas del trigo con sus ráfagas ligeras, y al otro lado y algo mas abajo agitanse las ondas de un mar sereno y apacible, cuyas aguas azuladas parecen convertidas en oro por los rayos del sol, que asoma por el horizonte con sorprendente majestad para alumbrar á tan soberbio panorama.

La vista saturada de un placer consolador, divisa por aquellas aguas multitud de barquichuelos de pescadores, que bogando entonan cantos populares, y turban por un momento el religioso silencio de aquellas soledades. Escena tan romántica y pintoresca, no puede contemplarse sin una viva emocion, y se necesitaria algo mas que la pluma de un Virgilio para poderla describir.

El Etna, como va dicho anteriormente, está rodeado de pueblos y aldeas, que disfrutan de la feracidad y delicias de una hermosa campiña. Los edificios están construidos con gracia, tienen un exterior alegre, y aun en su pequeñez no dejan de ofrecer al viajero una idea de los antiguos tiempos patriarcales y poéticos, por lo que se refiere á la pureza é ingenuidad de las costumbres de sus habitantes. En esos pueblos y en esas aldeas muy reducidas, todos los hombres se dedican á los trabajos del campo, y las mujeres, libres de los pasatiempos perniciosos de las grandes ciudades, se ocupan en los quehaceres de su casa. A pesar de la corta distancia que hay de esos lugares á la ciudad de Catania, se observa en sus habitantes una buena fé y una sinceridad, de que están muy lejos los cataneses. Las aldeas se distinguen todas por una modestia y un pudor extraños á las señoras que viven en el gran mundo, y hay muchas además, que ni aun una vez sola han bajado á Catania, y casi puede decirse, que oyen hablar de ella tan maravilladas, como si oyesen referir lo que de mas nuevo y curioso se encuentra en Inglaterra ó en Francia. El vestido ordinario de esas mujeres consiste en un corpiño con una colita por detrás, y un zagalejo de tela ordinaria. Andan descalzas, pero en los dias de fiesta ó domingos se visten casi con lujo. Pónense entonces trajes galoneados de oro ó plata, medias azules de algodón muy fino, y zapatos encarnados con borlas de oro. Los hombres visten calzones con galones dorados, y vistosas chaquetas de color carmesí, azul ó verde. Los trajes que los aldeanos de uno y otro sexo, habitantes del Etna, se ponen en los dias festivos, pasan vinculados de padres á hijos, de modo que hay algunos que alcanzan á ochenta y mas años, y cuanto mas antiguos son,

tanto mas los estiman aquellos habitantes, porque va unido á sus trajes el recuerdo grato de sus abuelos, que los vistieron.

Los pueblos inmediatos al Etna, están mas espuestos que otros á ser envueltos por las materias volcánicas, y sus moradores se han visto obligados muchas veces á huir á otros parajes lejanos, para no ser víctimas de las erupciones. Estas han sido tantas que es imposible enumerarlas, y podemos decir únicamente que toda la isla de Sicilia, y con especialidad Catania, se ven espuestas á grandes terremotos por la proximidad del Etna, y porque otros volcanes, hoy estinguidos, son la prueba mas terminante, como lo afirman doctos naturalistas, de que en toda la isla existen largos y profundos subterráneos, que alimentan un fuego perenne, y mantienen en perpétua combustion materias sulfúreas y bituminosas, que andando el tiempo, producirán tal vez algun gran cataclismo geológico, que sepultará toda la Sicilia en los abismos del mar que la circunda. Sea como fuere, lo cierto es, que los terremotos tan frecuentes en aquella isla, se estienden casi siempre hasta los paisés de Calabria mas próximos é inmediatos á Mesina; y el que á fines del siglo XVII destruyó toda la ciudad de Catania, no dejando mas en pié que un reducido número de edificios, se sintió hasta en la isla de Malta, cuya descripcion vamos á presentar á los lectores, despues de haber hablado del Etna, monte muy célebre en los anales de la mas remota antigüedad.

Si el viajero llega á Malta la tarde de un día de fiesta, se ofrece á sus ojos el espectáculo mas nuevo y peregrino: apenas entrado en Valeta, que es la capital de toda la isla y el lugar en donde generalmente desembarcan los estranjeró, se encuentra á pocos pasos, en la plaza del Gobernador, rodeado de una porcion de hombres vestidos de una manera tan diversa de la nuestra, que causa á un europeo maravilla y asombro. Todos ellos son habitantes del Egipto, de la Etiopía, de la Abisinia y de la India, que conservando sus propios trajes vienen á Europa ó vuelven á sus respectivos paisés despues de haber recorrido y visitado nuestras ciudades mas ilustres y magníficas, como Londres, Paris, Viena, San Petersburgo, etc., etc. Malta está situada entre Levante y Poniente, y es el punto mas céntrico del Mediterráneo para el comercio de Europa en el Asia y los paisés mas importantes del Africa: he aquí por qué pasan por la isla muchos estranjeró, que pertenecen á pueblos muy distintos de los europeos por usos, religion, costumbres, trajes y modo de vivir.

Hay en Valeta un teatro de construccion bastante regular, y muy parecido al nuestro del Principe. Se representan en este coliseo, único en toda la isla, óperas italianas, á que asisten todas las noches los personajes mas distinguidos del país y un gran número de estranjeró. El teatro se abre á principios de noviembre y se cierra á fines de mayo. En la primera representacion de *El Pirata*, en 1840, el teatro, mas atestado de gente que de ordinario, ofrecia á la vista una mezcla muy singular de costumbres diferentes. Los palcos enteros de un costado estaban ocupados por la embajada turca, que se hallaba de paso para Paris; componiase de mas de veinte individuos vestidos todos á la europea, pero con gorro encarnado á la cabeza y una borla encima; la cual, atada con un lazo de oro, colgaba de uno de los lados. En las lunetas mas inmediatas al palco de la embajada, se veian algunos griegos albaneses, que llevaban anchos calzones, chaquetas de raso de varios colores y bordadas, gorros galoneados de oro, y unos botines de piel cerrados

con botones, y que acababan en una especie de ribete, que cubria parte del calzado. Hacia otra parte de las lunetas se veian algunos persas, vestidos con calzones cortos y chaquetas de tela indiana blanca, y cubierta la cabeza con un sombrerito de estera sin alas. En las demás lunetas habia un gran número de europeos, y en medio de ellos algunos oficiales ingleses; los cuales, haciendo alarde de unas orejas mas duras que las del rey Midas, leian tranquilamente *La Gaceta*, mientras se cantaban las piezas mas escogidas del melodrama. Pero en tan variado cuadro lo que mas llamaba la atencion, lo que hacia reir á algunos y en gran manera fastidiaba á otros, era el ver en el piso mas alto de los palcos una porcion de marineros ingleses borrachos, que, sin respeto ninguno al público, y con mucha desenvoltura, acompañaban con repetidos y estrepitosos golpes y grande algazara las piezas concertantes de la ópera, y el teatro, lejos de resonar con las armonías de Bellini, parecia una torre de Babel. Entretanto el gobernador de la isla y todos los oficiales, ingleses, que asistian al espectáculo, en vez de mandar que cesase aquel desórden, le aplaudian con grandes risotadas.

La hechura de los carruajes malteses es tan nueva y extraña, que parecen una mala imitacion del arca de Noé. Son una especie de litera, colocada sobre dos grandes maderos, en cuyo centro se engancha un caballo de mala catadura, y que lleva por todo arreo una silla sobre los lomos; el cocheró, que es un hombre cualquiera, descalzo de pié y pierna, no tiene asiento propio, y corre al lado del carruaje, llevando las riendas del caballo en una mano, muy precipitadamente y con tanta uniformidad, que parece otro animal semejante al que va guiando. *Estos carruajes tan magníficos* tienen una portezuela á un lado; pero sin estribo, de suerte que se entra en ellos subiendo sobre una silla ó una banqueta, que el cocheró lleva consigo para comodidad de los pasajeros ó de sus amos.

Visten los malteses con estrema sencillez y alguna elegancia. Todas las mañanas, y especialmente en el verano, llevan chaqueta y un gorro á la cabeza, dejando para la tarde el uso del frac y del sombrero. Las mujeres se adornan con bastante gusto y aseo, siguiendo las modas inglesas; pero es menester verlas en el teatro ó de visita en alguna casa, porque van á la iglesia y á los públicos paseos cubiertas con un largo manto negro.

Todos los malteses, generalmente hablando, son muy ignorantes, pero orgullosos, y cuando se creen injuriados ó escarnecidos, se irritan hasta el extremo de venir á las manos. El hecho que vamos á referir confirma nuestro aserto.

Aunque la isla de Malta es una roca estéril, en donde falta lo mas necesario, y á veces hasta el agua, así que la proveen de todo la Sicilia y las costas de Berberia; á pesar de que su estension es tan corta, que solo cuenta ocho leguas de largo, cinco de ancho y veinte y cinco de circunferencia; los naturales, fascinados de la multitud de estranjeró que desembarcan en sus puertos, le dan la pomposa y retumbante calificación de *Malta flor del mundo*, y están profundamente convencidos de que es una realidad y no una hipóbole. Un periodista inglés, llamado James Richardson, establecido en la isla y hombre naturalmente chistoso y satírico, fingiendo recomendar las palabras referidas, escribió: *Malta fuera del mundo*, en vez de *flor del mundo*, y dijo que habia sido un error de imprenta y no culpa suya. Los malteses, que conocian demasiado el carácter del sugeto, no aceptaron sus excusas y le persiguieron por una

porcion de tiempo, injuriándole con sarcasmos y denuestos en los públicos paseos y hasta en el teatro.

Todos los monumentos y grandiosos edificios, que conserva Malta (hoy bajo el dominio inglés), han sido obra de los antiguos caballeros de San Juan de Jerusalén, señores de la isla hasta el año de 1798. Son obra suya el majestuoso Palacio del Gobernador, el Arsenal de Marina, el Lazareto, que es uno de los primeros de Europa, todas las fortalezas de la isla, y finalmente el templo de San Juan, que es muy notable por su ligereza y sencilla arquitectura, por un crecido número de cuadros medianos, y por un famoso panteon subterráneo, en que descansan las cenizas de los mas ilustres y distinguidos caballeros de la orden.

Malta, inclusa la isla del Gozo, que le pertenece, tiene cerca de ciento treinta y cinco mil habitantes, de los cuales treinta y dos mil residen en Valeta, su capital; cerca de nueve mil en la Notable, capital antigua; y el resto está distribuido en otras ciudades y aldeas muy pequeñas. En la Notable, junto á su catedral, hay la famosa gruta de San Pablo, en cuyo centro se encuentra la estatua de aquel *Apóstol de las gentes*. Los malteses, ignorantes y supersticiosos, creen que las piedras de esa gruta tienen la virtud milagrosa de curar un gran número de enfermedades, y que no pueden agotarse, porque conforme se van quitando unas, hace San Pablo que renazcan otras.

La isla abunda poco en animales; pero entre estos merecen un lugar muy distinguido los borricos, preferibles bajo todos conceptos á los de otros países por su tamaño, por su robustez y por sus bellas formas. Los extranjeros que llegan á la isla, aunque pueden recorrerla en carruaje, prefieren, generalmente, hacerlo montados en burros. Es una escena muy pintoresca, y al propio tiempo ridícula, el ver siete ú ocho individuos, vestidos á la oriental, con calzones anchos, grandes turbantes, medias encarnadas y mantos bordados de oro, que recorren los campos y varias ciudades y aldeas de la isla, montados en sus asninas cabalgaduras. En esta circunstancia recuerdo un hecho que no quiero pasar por alto, porque merece ser reproducido en estas columnas.

Cuando tomaron los franceses á Argel, emigraron muchos árabes, como queda ya consignado en nuestro número anterior, y algunos de ellos pasaron á Malta en donde se detuvieron pocos días. Cierta Ibrahim Omar, que se anunciaba por pariente del dey destronado de la antigua regencia, estupefacto de las bellas formas y aspecto majestuoso de los asnos malteses, quiso al día siguiente de haber llegado dar un paseo sobre tan noble y magnífica cabalgadura. Apenas nuestro árabe se presentó en la puerta de la calle, vió á una multitud de malteses que le estaban esperando, poseídos de aquella curiosidad que suele inspirar la vista de los hombres notables por sus desgracias. Ibrahim Omar, sin cuidarse de la muchedumbre, montó en el asno, y emprendió su camino, mirando á derecha é izquierda á la gente que le acompañaba, hasta que con aire de afabilidad dirigió la palabra á varios malteses, que inmediatamente le respondieron, porque es de saber que el dialecto maltés es un árabe corrompido, y muy semejante al idioma que se habla en todas las costas de Berbería. Omar, llevado de su ignorancia, ó tal vez creyéndose todavía en la antigua Argel, se dirigió á un hombre, que acompañaba á una linda muchacha, y le preguntó si quería venderla. No había acabado de pronunciar la última palabra cuando se vió acometido por toda la turba que le seguía, la cual, agarrándole por los brazos, las piernas y la barba, le molió á puñetazos,

y le hubiera sin duda destrozado si algunos, compadecidos de su triste situación, no se apresuráran á salvarle. Estos generosos le llevaron á su albergue en brazos, mientras que el populacho iba gritando: «¡Ese bárbaro, ese perro, quiere comprar nuestras hijas y nuestras mujeres!» Entretanto acudió la policía, y aunque llegó cuando estaba ya en salvo Ibrahim Omar, no pudo dispersar sin mucho trabajo toda aquella gente, que gritaba todavía, teniendo por la brida al asno, cubierto de sangre y heridas por haber cometido el horrendo crimen de llevar á cuestas por algunos instantes á un musulmán.

El gobierno inglés considera como una de sus alhajas preciosas la isla de Malta, no solo por su importancia comercial, sino tambien por ser un punto inespugnable en el centro del Mediterráneo; pero desprecia á los malteses por su crasa ignorancia, que raya en estupidez.

Malta está situada á los 35° 48' y 39° 6' de latitud Norte, y á los 11° 41' y 18° 14' de longitud Este. La isla está mas próxima á la Sicilia que á las costas berberiscas; pero cae bajo la misma línea de Túnez, por lo que algunos geógrafos la consideran como africana. El gobierno inglés, cuando tomó posesion de la isla, se dió por desentendido á todas las cuestiones científicas, y espidió un bill, diciendo que Malta era tierra italiana. Esta resolucion tan perentoria y precipitada no estrañó á nadie, porque sabido es que la Gran Bretaña está obligada por sus leyes á pagar doble sueldo á sus empleados que sirven fuera de Europa: hé aqui por qué declaró que Malta no pertenecía al Africa.

Resumamos ahora nuestras ideas. La isla de Malta disfruta de un cielo risueño y saludable, pero seco y excesivamente caluroso; ofrece al viajero magníficos monumentos de los antiguos caballeros de San Juan de Jerusalén, y una gran diversidad de costumbres por la concurrencia de forasteros; su territorio es estéril é infecundo, pero la posicion topográfica de toda la isla, que abunda en puertos magníficos, es muy ventajosa para el comercio de Levante; y por último, las franquicias, que le ha concedido el gobierno de la Gran Bretaña, y la mucha seguridad individual de que gozan sus habitantes, la hacen prosperar cada día mas, y la dan una importancia considerable.

SALVADOR COSTANZO.

EL SACRISTAN DE CUATRO ESES.

I.

Lector amigo: si por ventura fueses aficionado á relaciones de guerras y batallas, ó tal vez gozase tu imaginacion en escenas tremeundas y horripilantes, harás bien en pasar por alto el presente artículo y considerarle como no escrito; mas, si por el contrario, deseas un ejemplo de la utilidad que suelen proporcionar esos corazones sencillos que marchan rectos por el buen camino, guiados por su fé, animados por la caridad y sostenidos por la esperanza; almas que, si bien fecundas en virtudes prácticas, viven y mueren generalmente ignoradas, como la humilde flor de cuyo cáliz estrahe la industriosa abeja el regalado jugo que tanto nos recrea, aplica tu atencion al siguiente suceso, ocurrido en los postreros años del último soberano español de la casa de Austria.

La campana del convento de trinitarios de Nuestro padre Jesus acababa de señalar á los fieles la hora de rogar por los difuntos, cuando un hombre rebujado en su capa negra atravesaba con grandes zancajadas la solitaria plazuela en que se alza la reverenciada iglesia donde el toque habia sonado. La noche estaba oscura y triste, distinguiéndose apenas los objetos á algunas varas de distancia; una menuda lluvia calando hasta los huesos de nuestro transeunte, azotaba su rostro, sin que fuera bastante á resguardarle el empeño que ponía en cubrirse con el embozo, pues cuando mas arte mostraba para conseguirlo una fuerte ventolina le obligaba á sujetar el sombrero que á impulso del viento amenazaba emanciparse. Todo lo sufría con ejemplar mansedumbre; únicamente cuando su planta mal segura se enfangaba en algun barrizal salpicándole de barro hasta el cogote, solía exclamar por todo desahogo:

—¡Pesía tal con la señora marquesa! ¡Dios me perdone; y cuánto tiempo ha empleado en despacharme! ¿qué dirá la madre priora cuando sepa lo tarde que he vuelto al convento?

Y esto dicho, sacudiéndose el lodo lo mejor que podía, tornaba con mas priesa á seguir su camino, á sacar los charcos de madre y á dar tumbos y traspieses. Al enderezarse de uno de ellos, mas peligroso que los anteriores, oyó á sus espaldas una voz femenina que afanosamente gritaba:

—Espere, galan, espere y tenga el paso, que deseo hablarle.

No habia duda: á él se dirigía el llamamiento, pues ningún otro se encontraba en aquel sitio. Su primer impulso fué detenerse á reflexionar si debería atender al ruego mujeril, ó bien imitando la prudencia de Ulises, cerrar los oídos al pérfido halago de aquella sospechosa sirena; mas en tanto que vacilaba irresoluto llega la demandante á emparejar con él, y sin darle espacio para determinarse le dice con notable desenvoltura:

—¡Mal haya mi memoria que ha olvidado el nombre de vuesaerced! ¿No sois demandadero, sacristan, ó qué sé yo, en el convento de religiosas de San Pascual del Prado Viejo?

—Deogracias Perez, sacristan coadjutor, para lo que vuestra merced guste mandar, respondió el interpelado.

—Pues siendo esto así, apáre y entregue esto á la superiora, que ella se lo agradecerá y á mi me prestará notable servicio, y cuide resguardarlo del agua y no volverlo boca abajo, que es cosa delicada y podrá descomponerse.

Y sin dar lugar á réplica puso en las manos del aturrido Perez un azafate perfectamente acondicionado, disponiéndose á marchar con la misma prisa que habia venido, á no atajarla el paso Deogracias diciendo en medio de su aturdimiento:

—Vuestra merced habrá de perdonar, pero no puedo recibir ningún encargo sin saber lo que és y quién lo envía.

—¡Vaya el escrupuloso con lo que se nos vien! Este recado por sí mismo contestará lo que és y quién lo envía al que le examine. Enhoramala para vos y que menguado debeis de ser. Teneis que ir con precision al convento y os haceis el dengoso para llevar un encargo de esta pobre mujer, esponiéndola á los azares que pueden acontecerla por esas encrucijadas en una noche como esta. ¡Quidad allá, hombre inhumano y sin conciencia, ahí vá ese real de á dos por vuestro trabajo, que no quiero deberos nada! y agur, que no está el tiempo para pláticas.

Y sin dar mas lugar al buen sacristan le dejó plantado

con el azafate en las manos, mirándola desaparecer por la calle de Cantaranas y diciendo con la mejor buena fé del mundo:

—¡Miren la honrada dueña, con que priesa camina á recogerse! ¡y yo que habia formado de ella juicios temerarios!

Sin otro contratiempo notable llegó Perez al convento, en cuyo torno entregó el tapado canastillo, dando minuciosos pormenores de su aventura hasta dejar satisfecha la curiosidad monjil; verificado lo cual pasó á la sacristía con esperanza de reponerse á la lumbre de los estragos causados por el temporal en su vestido y persona.

Al ver entrar á Deogracias aterido como gato mojado, no pudieron contener la risa el vicario del convento y el sacristan propietario que se hallaban presentes: disculpable impulso de ilaridad que no impidió cediesen uno y otro de buen grado, al menesteroso de abrigo, el mejor asiento junto al brasero, llevando su condescendencia al extremo el encargado principal, de acudir al sonido de la campanilla que violentamente repicaban las madres, y salir corriendo en busca de la mujer del hortelano, segun se le previno; todo por no turbar el agradable sosiego en que haria una media hora se hallaba Perez sumergido.

Acomodados de nuevo al amor del benéfico rescoldo, disponiéndose estaban los tres contertulios, despues de echada la última firma, segun entonces se decia, á desechar la perezosa influencia que el suave calor infundia en ellos, marchando cada cual en busca del reposo, á tiempo que distrajeran su atencion unos ligeros vagidos como de recién nacido infante, que hacía la parte de las habitaciones conventuales se dejaron oír, con grande asombro del capellan y sus dos adláteres, por lo ajenos de semejante lugar.

Pero el asombro de aquellos subió de punto al ver aparecer á la hortelana con una tierna criatura en los brazos, y al paso que con la mano que la restaba libre hacia sobre su frente mas cruces que hay en cementerio de aldea, exclamar airada apenas salió de la puerta encarándose con Perez:

—¡Malaventurada de mí, que he llegado á presenciar tales desacatos, y mucho mas de vos, sacrilego impío, que sois el causante de ellos! ¿No teniades, por acaso, algun burdel á donde depositar la obra de vuestro desenfreno, sino venir con ella á escandalizar esta santa casa? Aunque bien sabíais, hipócrita desalmado, que enterneciendo á las reverendas madres con el llanto de esta inocente niña no la dejarían abandonada; como así ha sucedido, encargándome á mi que la criase, segun estoy en disposicion de hacerlo, y la sabré nutrir á la par de mis hijos. Por mi ánima, que delito de Inquisicion habeis cometido, y tentada estoy de acusaros, pues si no lo hago estaré tan escomulgada como vos.

Aquella mujer de indole mezquina habia juzgado siempre que la pobre comida y cortos gajes que el buen coadjutor disfrutaba en pago de sus servicios era un despojo cometido contra un derecho de su pertenencia, por lo que nunca escaseaba al demandadero el caudal de malas razones y denuos con que pródigo la dotó naturaleza, adelantando en atrevimiento al paso que Deogracias progresaba en humilde conformidad; pero en el presente lance la acusacion era tan absurda, tan inusitada, tan agena del carácter, y aun hasta del apacible temperamento de Perez, que no pudo menos éste de rechazar el cargo con todo el brio que le fué posible, aunque no sin necesitar volver en sí algun tanto de la primer sorpresa.

—Señora Damiana, dijo, advertid que cuanto habeis hablado es un falso testimonio de que tendreis que dar cuenta. Aunque pecador, no merece mi conducta calificarse de desenfrenada, ni en el asunto de esa criatura que llevais en los brazos tengo parte alguna; os lo aseguro con sentimiento, pero....

—¡Habrás visto desvergonzado como él ¡aun se arrepiente de no ser autor de semejante desacato, si acaso hubiese alguna duda en ello! Cuando digo que mereciais llevar coraza con llamas en el próximo auto de fe.

—Si me hubiérais dejado concluir hubierais visto que no quería decir eso, mas por Dios os juro....

Y en esto quedó el pobre atarugado sin llevar trazas de seguir adelante, agotada su energía por tan supremo esfuerzo, á no acudir el capellan á socorrerle diciendo:

—Dejaos de juramentos, que ninguna necesidad hay de ellos para justificaros, yo hablaré á la priora y abonaré vuestra causa como debo: y vos, continuó dirigiéndose con severidad á la hortelana, tratad de cumplir con lealtad el cometido de que os habeis encargado, y no calumniéis á quien solo merece alabanzas. Deogracias recogiendo á ese ángel inocente, ha evitado la ejecución de un crimen horrible, y solo debe considerársele como un instrumento de que la Providencia se ha valido para realizar sus altos juicios.

—Pues señor, insistió la nodriza, vuestra merced tendrá razon, pero yo digo que el señor Perez no es tan bueno como parece.

—Ea, cepos quedos, repuso el vicario, tenga modo y tome ligera la puerta, si no quiere que yo la impida volver á poner los pies en esta casa.

Dicho esto el capellan y desalojada la hortelana de la sacristia, entróse aquel á conferenciar con la superiora á fin de resolver la conducta mas prudente que debía seguirse con la infortunada espósa y poner al demandadero en el lugar que merecia. Ya la priora habia dispuesto se recogiese y guardase la envoltura cuidadosamente, por si algun dia pudiera servir de comprobante del origen de la niña, y hasta unos papeles que por inadvertencia en el fondo del azafate venian, con objeto de acomodarle mejor al uso que se destinaba, nivelando sus desigualdades y dándole mas blandura, se unieron á las demás prendas despues de reconocidos por el capellan, que no pudo descifrarlos por hallarse escritos en idioma para él desconocido. En cuanto al modesto sacristan no hubo necesidad de esfuerzo alguno para sincerar su buen proceder, pues nadie le habia puesto en duda.

A la mañana siguiente, algun tanto repuesta la recién nacida del sueño letárgico que se advirtió en ella al descubrirla, sin duda causado por algun narcótico que se le administró para evitar su llanto, fué bautizada con el nombre de Cecilia, santa que rezaba la Iglesia el dia que fué conducida al convento.

II.

Cerca de siete años habian pasado, y Deogracias continuaba sin alteracion desempeñando los cargos indefinibles y ambiguos que le estaban encomendados en el monasterio de San Pascual. Contemplémosle un momento en el ejercicio de sus funciones, interin se hacen lugar sucesos de mas importancia.

Se encuentra en la actualidad machacando almendras dulces al lado de un fogon de grandes dimensiones, en cuyas dos hornillas, sobre un abundante fuego de carbon,

SEGUNDA SERIE.—1865.

hierven dos peroles, uno provisto de confitada de membrillo, otro con agua y azúcar clarificándose para recibir la pasta de mazapan confeccionado por el inteligente demandadero, pues en esto de dar punto á un almibar ó aderezar una conserva no habia quien le aventajase. Digamos algo tambien del traje de nuestro conocido, puesto que aseguran es la ropa reflejo exacto de la persona. Viste ropilla, gregüescos y polainas, todo de color gris, sin duda por reverencia al santo hábito franciscano; un amplio mandil de lienzo cubre su persona desde el cuello hasta los pies, y lleva la cabeza cubierta con un gorro rayado horizontalmente de azul y blanco. Cual mariposa aprisionada por inadvertida lejos del pensil que la dió nacimiento, una lindisima niña travesa y juega al rededor del sacristan trastornando la numerosa espetera, y llevando la confusion y el desorden hasta el extremo de hacer suspender su taraca al concienzudo Perez, ya para reñirla apaciblemente, ya para estasiarse en la contemplacion de su donaire infantil aun á riesgo de ver quemada, descuidando el manejo de la espumadera, la confitada que preparaba con tanto esmero. Y nadie estrañe la distraccion de Perez, que era irresistible el atractivo de la niña. Nunca las delicadas acuarelas de Lawrence y Brighton produjeron semejante dulzura de líneas unida á tan agradable armonia de tonos y colores, pues aquel rostro angelical donde el alabastro y carmin se disputaban la preferencia, ornado de cabellos á quienes el oro prestaba su reflejo y la seda su tersa suavidad, animado por dos ojos de un azul limpio como el del zafiro de Oriente, no está en lo posible haya sido imaginado por hombre alguno.

Llevada de su pueril antojo habia la muchacha reunido gran número de cacerolas y marmitas, y subida sobre un banquillo las colocaba unas sobre otras, con idea de formar una torre tan alta como le fuese posible, cuando he aquí que al coronar su obra con una chocolatera de cobre, pierde su nivel el edificio, cayendo á tierra con horrible estrépito, sobresaltando á Deogracias en lo mas delicado de su operacion.

—¡Cáscaras! Dios me perdone, exclamó éste enarbolando la espuma era, que pensé te habias caído en la artesa grande ¡qué revoltosa estás hoy, Cecilia! sálte de aquí luego, que si no creo que todo lo voy á echar á perder por causa tuya: ya me parece se ha requemado este almibar.

—Pues deme vuestra merced una almendra.

—¡Golosilla! cuatro agarapiñadas te daré si me cantas aquella tonada tan bonita que te ha enseñado sor Purificación.

—Está bien, pero calle vuestra merced con ese mortero, que hace un ruido tan fastidioso.

Obedecida la niña, entonó con su vocecita, armoniosa como los acordes de un arpa ecólica, la siguiente cancion popular, llena de sentimiento y poesia, aunque algun frio Aristarco no la encuentre rigurosamente ajustada á las reglas del arte.

Camina la Virgen pura
Caminito de Belen
Llevando el niño en sus brazos
Fatigado por la sed,
—No pidas agua, mi vida,
No pidas agua, mi bien,
Que los rios van muy turbios
Y no se puede beber.—
Allá arribita, arribita,
Hay un lindo naranjé,

AÑO XXIII. 21